

CARLITOS GARDEL

Graciela Beatriz Cabal

Fragmento

Para Daniel, que me enamoró con la pinta. Graciela

A Carlitos le gustaban las diversiones.

En el conventillo había un patio grande, con macetas de tres patas y muchos chicos para jugar.

Pero él prefería la calle. Y siempre se le andaba escapando a la madre, que tenía que salir a buscarlo con el Jesús en la boca.

– ¡¡Carliiiiiiiiiitoooooooooo!! – gritaba ella apoyándose las manos en la cintura.

– ¡¡Ya voooooooooooooooooyyyyyyyyyy!! – contestaba Carlitos desde el baldío de la esquina. Y para dejarla contenta a la madre, al rato se le aparecía con un zapallo grande, de esos que crecían salvajes en los baldíos de antes.

Cuando aparecía de vuelta en el conventillo, la madre lo corría por el patio, con la chancleta en lo alto, las peinetas a medio salir y los pelos tapándole los ojos.

– ¿Dónde anduviste metido, desgraciado? – parece que quería decirle.

Pero como estaba muy enojada se lo decía en francés (idioma rarísimo pero que era el de ella).

Carlitos, que sí la entendía a la mamá, hubiera podido contestarle:

– Estuve con el viejo del organito.

Hubiera podido contarle que a él le gustaba esa musiquita que hacía bailar a los varones trenzados. Y también esa otra, la que cantaban entre cerrando los ojos los puesteros del Abasto y que él, Carlitos, escuchaba casi sin respirar.

///

///

Carlitos hubiera podido decirle a la madre que él también cantaba. Y que cuando él, Carlitos, cantaba, los otros chicos y los puesteros del mercado y los que manejaban los carros y la gente que pasaba, todos, se quedaban en silencio.

(Después algunos, casi siempre los más viejos, le tocaban la cabeza a Carlitos y le decían: “¡Grande, pibe!”).

El tiempo fue pasando.

Carlitos ya es Carlitos Gardel.

Y Carlitos Gardel cada día canta mejor.

Claro que Carlitos tiene novia, cómo no va a tener.

Pero resulta que ahora que viaja de acá para allá y que sale por el cine (el “biógrafo” le decían), las novias que más le gustan son las rubias de Ñu Yorc, que tiene boquitas de corazón y dan besos que no se borran fácil.

–¡Carlitos! ¿Qué anduviste haciendo por Ñu Yorc? –lo reta la madre al verlo llegar con la cara toda marcada de besos rosaditos, colorados, violetas.

Y se va corriendo a buscar el jabón de glicerina.

–¡Pegui, Beti, Juli, Meri, rubias de Ñu Yorc...! –le contesta Carlitos con un suspiro tan fuerte que hace temblar los helechos del patio.

–¡Esas rubias de Ñu Yorc son unas locas, Carlitos! –dice la madre mientras le jabona la cara al hijo para borrarle los besos...

Hasta que un día, el día menos pensado, el avión de Carlitos se viene abajo.

De lejos se ve como una estrella que cae. Y algún distraído, quién sabe, hasta capaz que le pidió un deseo.

Entonces, de repente, la voz de Carlitos empieza a sonar.

Al principio es como un murmullo finito. Después se va haciendo fuerte.

La voz suena en un lugar, y en otro, y en otro...

La gente se asoma a las ventanas y sale a las puertas de las casas, a escuchar.

///

///

Y algunos, los más viejos, con las cabezas un poco confundidas y sin entender lo que pasa dicen: “¡Grande, pibe!”.

En Ñu Yorc, a las rubias los corazones se les van haciendo de papel; y las boquitas pintadas se les vuelan para siempre de las caras blanquísimas.

Pasaron los años.

Todavía hay muchos que no creen que Carlitos se murió.

Cómo se va a morir, dicen, si la voz le sale cada día más clarita.

Cómo se va a morir, si anda tan de punta en blanco en los almanaques de las casas y en las pinturas de los carros y de los camiones y de los colectivos.

Algunos, de envidiosos nomás, dicen que está escondido por ahí, para que nadie vea cómo se fue arrugando igual que una nuez.

Otros aseguran haberlo visto volando, con unas alas enormes y transparentes, por sobre un café que le dicen “de los angelitos”. Y también por la calle Corrientes (que ya es una calle ancha), donde de tanto en tanto gusta pararse, ahora que el tiempo le sobra, para mirar Buenos Aires desde arriba y, de paso, hacer un poco de pinta.

Tomado de *Leer x leer 3: Lecturas para estudiantes*, publicado por el Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación de la Nación (Buenos Aires, Eudeba/ FMG, 2004).

Graciela Cabal (Buenos Aires, 1939-2004) fue una de las más talentosas, originales y audaces escritoras de literatura para niños, jóvenes y adultos. Autora de más de 70 libros, fue también maestra de escuelas, titiritera y, sobre todo, una extraordinaria lectora. Entre sus libros más leídos figuran *Barbapedro*, *La señora Planchita*, la serie *Tomasito*, *Cuentos de amor, de miedo y de risa*, *Mujercitas eran las de antes* y *Secretos de familia*.

Su libro *Carlitos Gardel*, del cual se tomó este texto, fue publicado por primera vez en 1991.